

Armando permanecía con la frente inclinada, las manos caídas, sin voz y en un estado de estupor tan extraño, que la cólera de la condesa se convirtió en repentina inquietud. ¿Era que aquel hombre no tenía ya suficiente energía para defenderse de los punzantes reproches con que le ataba? ¿Estaba tan resuelto á llevar á cabo su terrible proyecto, que todo cuanto le decía le era indiferente? Mina le observó con atención. Estaba inerte, con los párpados cerrados, las facciones tranquilas, como si estuviese durmiendo. Se aproximó á él, y tocándole suavemente en el hombro, le dijo:

—Armando, ¿no me respondes? ¿No tienes nada que decirme?

El conde movió la cabeza lentamente y expresó tan completo aniquilamiento moral, que su mujer se estremeció de dolor.

—¿No quieres hablarme?—le preguntó.—¿Es que te has propuesto no hablar de este asunto, ó es que te ha disgustado mi severidad? Si es así, perdóname y no uses conmigo de tanto rigor; la hora que va á sonar es decisiva... De ella depende nuestra vida, y si no llego á convencerte, ¿qué puedo esperar, qué va á ser de mí? No he de estar siempre á tu lado para arrancar de tus manos la pistola; y aun cuando así fuese, ya encontrarías otros medios de quitarte la vida... ¿Y yo, y yo entonces? Armando, en nombre del cielo, por toda la ternura que encierra para ti mi

alma, por aquel amor que me profesabas ha tiempo, no te empeñes en no responderme. ¡Callar en este momento es impedirme defender mi causa, es hacerme comprender que todo es inútil! ¡Armando, reflexiona! No te condenas á ti mismo en este instante; á quien condenas es á mí, que sabes no podré sobrevivir á tu muerte. ¡Oh, no me impongas el suplicio de verte muerto, de tenerte inanimado entre mis brazos, de llorar por ti! ¡Se estremecen mis entrañas á la idea de que tu sangre corra, de que tu carne se desgarré por la herida, de que tus ojos se cierren y no me miren más! ¿Qué te he hecho yo para que me trates tan duramente? Abusas de mí porque te amo. No eres malo, y sí me consta que tendrías piedad de cualquier extraño que sufriera; ¿por qué permaneces impasible ante mi desesperación? Al menos háblame, mírame, levanta los ojos, muéstrame que aun vives. Consiente en razonar, aunque no sea más que un cuarto de hora, conmigo; á nada te comprometerá esa concesión, y yo te bendeciré por habérmela otorgado. ¡Olvidaré, sólo por ese cuarto de hora, los innumerables días y noches que he pasado llorando!

Arrodillada á los pies de su marido le abrazaba, le oprimía contra su pecho, quemándole con su aliento, infiltrándole su deseo, haciendo pasar á sus venas, á su corazón y á su cerebro toda la generosa fiebre que la abrasaba. Quería

salvarle, y hubiera sacrificado á la humanidad entera para asegurar su reposo. Inclinada sobre él, advirtió de pronto que varias lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

Entonces dió un grito de alegría.

—¡Oh, lloras! ¡Puedo esperar aún!

Se apoderó de las manos del conde, le oprimió la cabeza entre sus brazos y le obligó á mirarla, hablándole con una especie de apasionada locura:

—¡Vamos! Sal de ese silencio, de esa inmovilidad... Te he tratado mal hace un instante, y me arrepiento amargamente de ello. Ya sabes que á veces no es uno dueño de dominar un movimiento de cólera, que se deja uno llevar de un mal impulso, pero luego viene el pesar de haberlo hecho... Te amo demasiado para que puedas sospechar que he querido ofenderte ni siquiera que he intentado disgustarte... Ha sido un resto de celosa impresión lo que me ha cegado, pero ya terminó... ¡Celos, Dios mío! ¿Para qué? Son ya ridículos á mi edad y con mis cabellos blancos. Ya lo ves, se han vuelto blancos del todo... ¡He sufrido tanto en secreto! Yo ya no puedo ser tu mujer. Tú, tan joven, no puedes amar á una pobre vieja como yo... debí comprenderlo; pero como el corazón no tiene arrugas se defiende contra el olvido... Desde ahora seré más razonable, y te adoraré, no por mí, sino por ti... como una madre. ¡Sí, quiero ser tu madre! Tendrás confianza en

mí, me lo confesarás todo, podré consolarte, darte valor, prometerte la felicidad.

Se levantó, al terminar, resplandeciente de generosa abnegación, con el rostro enrojecido y los ojos brillantes, y prosiguió:

—¡Oh! He adivinado lo que pasa en tu cerebro hace dos días. Sabes dónde se ha refugiado Lydia porque ese estúpido de Pablo te lo dijo, y te domina el deseo de buscarla. Pues bien: si necesitas encontrar fuerzas para vivir en el placer de volver á verla, no dudes en decírmelo, y... ¡yo misma te conduciré á su lado!

Armando la contempló extático, como si apareciese ante él transformada en un sér celeste, y juntando las manos é inclinándose casi hasta el suelo, exclamó al fin con voz ahogada por los sollozos:

—¡Oh, Mina, Mina! ¡Después de lo que he hecho, después de lo que has sufrido!... ¡Y por mí! ¡Por mí! ¡Oh! No soy digno de ti, de tu bondad divina.

Ella exclamó casi al mismo tiempo:

—¡No quiero que mueras! Prefiero que me abandones, que me dejes; al menos podrás tú ser feliz.

—Tranquilízate, no moriré; te lo juro por mi honor.

La condesa replicó con desgarradora desesperación:

—Pero sufrirás; te veré cada día, más triste

y más pálido, inclinándote hacia la tierra como para sepultarte en ella... Te veré sordo á mis ruegos y á las palabras de valor que te dirija, continuando así el suplicio que padezco hace dos meses, y que persistirá hasta que termine en lo que me causa horror, en lo que rechazo con toda la fuerza de mi alma: en tu muerte. ¡Oh, tú no puedes saber lo que es ver sufrir á un sér querido sin poder aliviarle! Es la tortura espantosa de las madres inclinadas ante la cuna de sus hijos enfermos: quisieran dar su sangre, su vida entera, con tal de reanimar al niño que agoniza, y es imposible. Sólo pueden retorcerse los brazos llorando desesperadamente, y ni aun muy cerca de él, por no asustarle, para dejarle la ilusión de que ignore que ha llegado su última hora. ¡Oh! Si he de ver prolongarse esta agonía que te destroza el corazón, que te ahoga y te aniquila, no podré soportarla... ¡te ruego que tengas compasión de mí!

Él sonrió dulce y tristemente.

—¡Ay de mí, Minal—dijo.—Yo puedo promerte no atentar contra mi vida; pero no está en mi mano el dejar de sufrir. Aunque mi dolor me avergüenza, no sé vencerle ni obligarle á cesar; es más fuerte que yo, y no soy ante él más que un juguete en una mano poderosa é invisible. No necesito decirte á qué grado de desaliento moral he llegado, puesto que casi mejor que yo lo adivinas; temo que sea tan incurable como

profundo... Todo lo más que puedo hacer desde hoy es sufrir sin quejarme. Hace un momento te has mostrado generosa hasta la locura, no sólo prescindiendo de ti, sino hasta de mi conciencia, al ofrecermé ir en busca de Lydia. Sabes bien que es lo único que no debo ni quiero hacer. ¡Morir es más sencillo! ¡Abandonarte... jamás!

—¿Por qué? ¿Porque no eres libre y creerías faltar á los juramentos que me hiciste? Algún medio habrá de devolvete la libertad, de romper tus compromisos... La ley nos ha unido: ella nos desunirá. Existe el divorcio...

—¿El divorcio?—dijo Armando.—¿Eres tú quien habla? ¡Mina, una mujer piadosa, una ferviente católica!...

—¿Qué me importa la religión cuando se trata de ti? ¿En qué se convierte mi piedad cuando lucha contra mi ternura? Oye bien lo que te digo: he llegado á tal estado de desesperación al verte desgraciado, que todo ha muerto para mí, menos lo que te importe ó te interese. Mi Dios eres tú, y estoy pronta á sacrificarte mis mayores escrúpulos, mis mayores prevenções, hasta la alegría de vivir á tu lado, ¿lo entiendes?, que es mi única satisfacción en la tierra. Sepárate de mí, vete; tienes derecho á tomar otra mujer, y yo, viviendo aún, sabré que la posees, te veré tener hijos de ella, sin conservar más pruebas de que me has pertenecido que

el recuerdo delicioso de que sucedió así y el pensamiento atroz de que ya no sucede.

Él movió la cabeza y dijo gravemente:

—No acepto tu sacrificio; los lazos que nos unen son eternos.

—Entonces, ¿por qué no ha hecho Dios inalterable nuestra ternura? ¡Oh, Armando, reflexiona bien; me hallo en una hora de exaltación en que todo lo acepto, cójeme la palabra... no dudes... apresúrate!... Lo que te ofrezca lo cumpliré aun cuando tuviese que comprometer para ello mi salvación eterna. Mira que jamás me volverás á encontrar dispuesta á tal abandono de mis más preciados y sagrados derechos... Armando, aprovéchate... No me des tiempo á reflexionar.

Se retorció los brazos con furor, y al mismo tiempo que suplicaba deseando ardientemente convencerle, temblaba ante la idea de poder conseguirlo. Pero él había recobrado por completo la razón, y olvidándose de todo lo demás, sólo pensaba en aquella desesperación, más grande aún que la suya.

—No, Mina; ni ahora ni nunca aceptaré la proposición que me haces. ¿Me crees capaz de ser más feliz lejos de ti y al lado de otra? No haría más que cambiar de dolor. Estoy ligado de tal manera á ti, te profeso tal afecto, que rechazaré siempre una libertad que pueda costarte lágrimas. El divorcio será una solución útil para los que no se aman. Será la ruptura de dos indife-

rencias ó la liberación de dos infidelidades, pero no se ha instituido para personas como nosotros. Sólo arregla el orden material y deja los sentimientos intactos, por cuyo motivo no puede proporcionarnos ventaja alguna.

Mina le escuchaba anonadada. Había visto, en el calor de su exaltación, abrirse el cielo durante un momento, como para la apoteosis de un mártir, y había dirigido sus miradas á lo alto olvidándose de la tierra. Habíase imaginado que su alma ascendía purificada, dulcificada, calmada por un rayo de misericordia divina. La claridad aparecida en la noche de su vida cesaba de nuevo, y todo se ponía otra vez oscuro, dudoso, aterrador. Se hallaba enfrente de la misma situación, cuyo horror no había disminuido más que ante el miedo de ver matarse á Armando. Pero le veía quedar desolado, sombrío, sufriendo mucho. Lo que temía tanto no estaba más que aplazado. No se mataría por sí, pero al no procurar vivir y no defenderse contra sus penas, sucumbiría fatalmente; su muerte lenta, ya que no rápida, acabaría indefectiblemente. Tuvo de ello un concepto muy claro, mientras vibraron en sus oídos las últimas palabras de Armando. Nada replicó, no hizo protesta alguna y bajó la frente como ante un fallo condenatorio.

—Está bien—dijo.—Te agradezco cuanto acabas de decirme de bueno y de consolador. Rechazas mi sacrificio, como es tu deber, pero yo

acepto tu promesa y conservo la seguridad de que no renovarás la horrible tentativa que ibas á llevar á cabo contra ti... ¿Me lo prometes de nuevo?

—Te lo prometo... pero hubiera sido lo más sencillo, Mina.

—No vuelvas á hablar de eso... me atormentas...

Levantó los ojos hasta la altura de los del conde para asegurarse de la expresión de su fisonomía, y dijo tímidamente:

—¿Entonces puedo retirarme con seguridad completa?

—Te he dado mi palabra.

—Sí, es verdad, y desde el momento que me lo has prometido... puedo estar tranquila.

Dirigió una mirada aterrada al revólver que estaba en la chimenea, donde había quedado. El comprendió su pensamiento, y con una amaga contracción de los labios

—Llévatele—la dijo— si eso te tranquiliza...

Mina hizo un gesto de protesta.

—¡No, no! Me lo has ofrecido...

Se acercó á él, que estaba sentado, fatigado, abatido. Le miró profundamente, cogió su cabeza entre las manos, le besó con calor los cabellos y prorrumpió en sollozos desconsolados. Armando quiso levantarse sorprendido por aquella crisis, pero su mujer se lo impidió, haciendo un esfuerzo por sonreír, y le dijo.

—Quédate, no me atormentes más. Son los nervios que se sublevan. Esto me alivia... ¡Perdóname!... Tienes bastante con tus tristezas y debiera evitarte el espectáculo de las mías... Te dejo... intenta dormir, te lo ruego... ¡Hasta mañana!

Dirigióse á la puerta y desapareció. Al entrar en su habitación se sentó para reflexionar que había llegado al límite extremo de su resistencia. Todo lo que había podido intentar para modificar su abominable situación lo había hecho, y como nada había conseguido por la violencia ni sus súplicas habían sido escuchadas tampoco, salía de su último combate y de su último ruego con el cuerpo destrozado y el corazón sin esperanza. La batalla emprendida había terminado, y como el desastre era completo é irremediable, sólo le faltaba sufrir las consecuencias. Éstas, cuanto más se aproximaban, le parecían menos crueles que la lucha. Jamás padecería tanto para pagar su rescate como para sufrir su derrota. Debía contar con ella misma y no con los demás, idea que constituía para su naturaleza generosa y buena un inmenso alivio. Ya se lo había dicho á Armando; hubiera aceptado el llevar sobre sí sola el peso de toda su desventura, con la condición de que él fuera dichoso.

Pensó con melancolía en el duro camino que había recorrido desde el día en que se dejó posesionar furiosamente por el pensamiento de

que su marido pudiera engañarla. ¡Cuántas etapas, marcada cada una por una decepción ó por un dolor; habían aminorado sus fierezas! Y ella era la que entonces, después de no haber querido ceder en un ápice de sus derechos sobre Armando, acababa de ofrecerle su libertad con la única condición de que consintiera en vivir y en no padecer. Y esta concesión suprema había resultado inútil; esta inmolación de su amor y de su orgullo había sido rechazada. No tendría siquiera el consuelo de sacrificarse por aquel á quien adoraba, porque no había aceptado su desinterés sublime. Había llorado de ternura, de admiración y de agradecimiento, pero la había rechazado.

Un rayo fugitivo de alegría brilló en sus ojos, en otro tiempo tan bellos y tan tristes al presente. Aquella prueba de cariño ofrecido podía rechazarla él, pero no estaba en su mano impedir que ella la llevase á cabo. A la voluntad del uno se oponía la voluntad del otro, pero aun cuando Armando rehusara el ser libre y prometiese no morir, ¿quién podría impedir á Mina darse muerte para devolverle su libertad? ¡Sí, morir! Estaba en lo cierto. El problema que se presentó en su conversación con Armando, y del cual entreveía confusamente la solución, se precisaba en estos términos: puesto que él muere á causa de no poder ser amado por Lydia, y puesto que para que sea amado por ella hace falta

que sea libre, no me queda más remedio que morir.

Allí, sola, tuvo una última debilidad ante la idea de no volver á ver más á aquel cuyo amor era el único fin de su vida. ¿Pero para qué quería la vida si él no la amaba ya? Pobre Mina, tierno corazón que iba á desaparecer por no constituir un obstáculo á la dicha del sér querido, cuya felicidad eterna había sido siempre para ella un deseado sueño. Puesto que no era feliz por su causa, anhelaba que lo fuese con aquella que se le había robado, preparándose á entregársele á despecho de sus celos y de su orgullo. Era preciso que fuese dichoso, y para conseguirlo nada importaba su muerte. Juzgaba que esto sería un rescate y que en el silencio y la paz de la tumba reposaría deliciosamente de las agitaciones devoradoras, de los furiosos tormentos. ¡Oh! El olvido del mal sufrido y del mal deseado. Porque también aquella dulce criatura había tenido sus horas de odio, que la atormentaban aún más que sus propios pesares. Para tan noble alma, el rencor y la cólera eran verdaderas torturas que anhelaba lavar con el sacrificio completo de su sér. Después de reprochar á Armando su cobardía por el intento de morir, la heroica mujer decretaba su propia muerte regocijándose de que tan sublime acto borrara sus anteriores debilidades. Diferenciábanse las dos resoluciones, en que la suya era grande y fecunda y la de su marido

vana y estéril. Él, cediendo á la desanimación y la laxitud, moría para no luchar; ella moría para evitar sufrimientos á los otros.

Los otros eran Lydia y Armando, á los cuales reunía, á su pesar, en su imaginación, y ante aquel sarcasmo del destino sentía revivir en su alma mil sensaciones mal dormidas que le hicieron comprender que, por muy cerca que se halle el hombre de la tumba, siempre es víctima de la miseria humana. La espantaba la idea de que después que ella abandonase el mundo se unirían los dos enamorados, y aunque el sacrificio de su vida carecía á sus ojos de importancia, el de su amor era inmenso. ¡Ah! ¡Qué agonía moral la causó aceptar sin protesta que ambos se enlazasen con la embriaguez de una dicha participada! Y, sin embargo, hacia aquel fin se encaminaban sus fúnebres designios. Se esforzaba en cubrir con espeso velo los sucesos que debían verificarse cuando ella no existiese, para que su alma volara menos dolorida. ¡Pensar que el hombre á quien tanto amaba estrecharía entre sus amantes brazos á Lydia y que, en medio de una embriaguez deliciosa, cambiarían entre sí las mismas palabras que ella había escuchado de los labios de Armando! ¡Pensar que vivirían juntos, llenos de alegría y encantos, envidiados de todos, mientras ella quedaría olvidada en la triste tierra! ¡Ah, y olvidada con seguridad! ¿Era esto posible, y sobre todo posible gracias á ella?

Presa de espantosa desesperación, cayó de rodillas, golpeóse la frente contra el suelo y dirigió súplicas desesperadas á la naturaleza, al cielo, á Dios. Pidió que un milagro le devolviese su juventud y su belleza para que su marido la amase aún y que arrancase de su corazón el amor culpable que Armando profesaba á Lydia. La postración de su sér la sublevaba; tomó de pronto un apego furioso á la vida, y tuvo miedo al frío, á la nada, á lo desconocido. Gimió, lloró, y durante una hora fué víctima de un abatimiento tan profundo como grande había sido antes su energía.

Después volvió á posesionarse de sí misma y se avergonzó de su debilidad. ¡Qué! ¿Su materia podía en aquel punto sobreponerse á su espíritu? ¡Pobre y miserable bestia humana que estás á merced de los instintos, de los deseos y de las debilidades!, pensaba. He ahí hasta dónde te conducen: hasta vender el alma y deshonorarla por satisfacciones vergonzosas. Sintió entonces una verdadera satisfacción al ver que el servidor había cesado de estar en rebelión contra su amo, y que el cuerpo ejecutaría lo que el pensamiento decidiese. Segura ya de sí misma, se calmó y preparó la ejecución de sus designios. Ante todo, quería prevenir á Armando contra los primeros transportes de su pena, pues no dudaba que su pérdida le haría sufrir cruelmente. Lydia era la única que podía amortiguar la violencia

de la explosión de sus pesares, que podrían, si le encontraban solo, entregado á sí mismo, llevarle á un acto de desesperación.

Resolvió escribirla aquella misma mañana, pues no tenía tiempo que perder, sabiendo, como sabía, que cada hora que transcurriese robaba un poco de razón y de vida á Armando. Además, ¿no era lo mejor abreviar todo lo posible aquella espera de su decidido fin? Para enmascarar su muerte y no dejar adivinar más que una parte de su voluntad, tomó precauciones minuciosísimas, cuya base fué llamar al marqués de Villenoisy al castillo, á fin de que interpusiera su gran autoridad si alguna sospecha podía dar lugar á investigaciones legales. Deseaba desaparecer sin excitar otros sentimientos que el pesar y la tristeza, pues á aquella delicada naturaleza le repugnaba un escándalo alrededor de su lecho de muerte. El dolor la asustaba también, é intentando dulcificar su paso á la eternidad, resolvió apelar á la morfina que había servido el año precedente para calmar los sufrimientos de una de sus doncellas, gravemente enferma. Nadie sabía que poseía aquel veneno que, produciéndola un sopor dulce y lento, la conduciría al sueño de que no se despierta jamás.

Todo le pareció bien combinado, y al dibujarse el alba en su ventana se puso á escribir las dos cartas: una al marqués invitándole á volver á su lado, y otra á Lydia reclamando su presencia.

Pensó por un momento confesar la verdad á la joven, con objeto de empequeñecerla con la inmensidad de su sacrificio; pero, sonrojándose por aquella vanidad suprema, juzgó que aparecería más grande cuanto más misteriosa fuese. Además, no quería arrojar sobre el porvenir de Armando y de Lydia la sombra imborrable de su muerte voluntaria revelada, pues deseando hacerlos felices, era preciso evitarles un remordimiento que, envenenando su dicha, les alejaría tal vez al uno del otro. El alma clemente de Mina, poseedora de todas las generosidades, se resignó al sacrificio silencioso, y sólo dijo á Lydia:

«Mi querida hija: Me prometiste obedecerme como si fuera tu madre; pues bien; hoy te llamo á mi lado y te llamo con premura. Existe un grave é inminente peligro que sólo á mí amenaza. Hace varios meses que sufro mucho, sin decirlo, á causa de violentísimos dolores en el corazón. He consultado á un médico hace poco, sin que mi marido lo supiera, para no inquietarle, y en las frías reticencias del doctor he comprendido que mi vida está amenazada. Necesitaba una existencia tranquila, sin emociones, y sabes que mi locura no me ha permitido gozar de la calma; por este motivo mi mal ha aumentado de tal modo, que desde hace algunas semanas temo desaparecer repentinamente, dejando á mi marido abandonado, sin



consuelos, sin afectos. ¿Me comprendes, hija mía? Tengo miedo de que se halle solo, cerca de mi cuerpo moribundo, de mi cadáver tal vez... Por último, no quisiera morir sin volver á verte, sin abrazarte, sin hacerte conocer mi última voluntad, y como me resta muy poco tiempo de estar sobre la tierra, quiero que no estés demasiado lejos de mí... Si pudiera proporcionarme la alegría de colocar tu mano en la de Armando y reunir las ambas en la mía, cuando dé el último suspiro, abandonaría la tierra más tranquila, casi consolada. ¿Me comprendes, es cierto? Él ha sido mi única adoración en el mundo, y en el momento de morir, te lo lego con el deber de amarle como yo le he amado, de sustituirme á su lado para velar por su dicha. Al obedecerme, querida hija mía, habrás ejecutado mi postrera voluntad y merecerás que te bendiga con todas las fuerzas de mi ternura, ya en calma.—MINA.»

Después de terminada la carta, la condesa experimentó un alivio completo, quedándole sólo la penosa tarea de vivir los pocos días que faltaban hasta la llegada de Lydia, porque no admitía ni por un solo momento la idea de que no viniese. Conocía demasiado el carácter de la joven para dudar de su resolución. El sol brillante y ardoroso entraba por la ventana y la condesa, levantando las cortinas, contempló el extenso parque, cubierto de una niebla oscura

que corría sobre el musgo como una nube de humo, dejando percibir tan sólo las gotas de rocío que temblaban en los árboles, mientras los pajarillos jugueteaban cantando en las ramas.

Al límite de la llanura, en el camino, una carreta de bueyes continuaba su pesada marcha, mientras el conductor marchaba indolentemente aspirando el aire matinal. Mina se dijo:—Lo mismo pasó ayer, mañana pasará lo mismo, yo desapareceré y nada cambiará. ¡El universo contará con un átomo menos y nada más! ¡Pobre humanidad, que igualas tus dolores tan vanos y débiles á los mayores cataclismos del mundo, y te lamentas por algunos instantes de sufrimiento, cuando tienes ante ti la eternidad!—Volvió á dejar caer las cortinas, y, para olvidar, procuró dormir.

## XII

Hubiérase dicho que con las últimas vacilaciones de la señora de Fontenay habían desaparecido sus amargas dudas. En los días que siguieron al envío de su carta á la señorita Audrimont y á la llegada del marqués, estuvo contenta, sonriente, ataviada como en los días mas brillantes de su vida. Se hizo coqueta para la muerte como si hubiera querido seducirla y ha-